

2019. Andrés Vaccari y Jaime Fisher. "Transhumanismo, tecnoceno y nuevos sustantivismos". X Coloquio Internacional de Filosofía de la Técnica, 19 al 22 de noviembre, Universidad Nacional de Córdoba.

El problema del sustantivismo tecnológico, un planteo supuestamente superado y a menudo descartado de plano por muchos filósofos, ha adquirido una nueva y urgente vigencia. Por un lado, esta creciente popularidad se debe a que el sustantivismo expresa un sentimiento palpable y prevalente en nuestras sociedades: la noción de que no hay un "afuera" del sistema global. Mark Fisher se refiere a este sentimiento con el nombre de realismo capitalista: "la sensación generalizada de que el capitalismo no solo es el único sistema político y económico viable, sino que ahora es incluso imposible imaginar una alternativa coherente" (2009: 2). El sistema capitalista extractivista está alcanzando sus límites materiales. Somos testigos y víctimas de una catástrofe planetaria sin precedentes, una crisis que puede conducir al colapso total de la civilización. Ante esta situación, las ideologías dominantes de la tecnología, nucleadas alrededor de Silicon Valley, han acelerado sus discursos al punto del paroxismo. Pero la concepción sustantivista atraviesa todo el espectro político. Esta resignación, la incapacidad de soñar un afuera del sistema, empapa y corroe nuestro imaginario político. En este panorama, la tecnología es un problema central. La noción vertebral del sustantivismo es que el entramado técnico es una totalidad irreducible compuesta de partes dependientes entre sí, de modo que solo podemos aceptar o rechazar el "sistema" en su conjunto. Todos nuestros actos se hallan encastrados en una red planetaria animada por una lógica y valores irreversibles, inscriptos en nuestros artefactos y modos de vida. Aunque el sistema (la *Technique* de Ellul, la *Technik* del debate *TechnikKultur*, la "tecnología" en nuestros tiempos) exceda lo estrictamente "técnico", la tecnología tiene un rol único e irremplazable como condición de posibilidad del sistema. Siguiendo esta línea de argumentación, podemos afirmar que una completa época histórica se expresa en ciertas tecnologías dominantes, se "sustantiviza" en sus artefactos. Si hablamos del capitalismo, entonces estamos hablando de una configuración específica de artefactos, modos de vida y modos de producción. Esto es justamente lo que términos como *Technik* y *Technique* buscan expresar: la tecnología como mundo, como teología, kosmos. Cualquier tesis revolucionaria debe contemplar la posibilidad de que los fines y valores de una época histórica o sistema socioeconómico son parte estructural de su cultura material, y por lo tanto no pueden ser redireccionados para otros fines. El segundo grupo de tesis del sustantivismo refiere a ciertas características formales de la tecnología. Ellul identifica una serie de aspectos: Automatismo, autocrecimiento, unicidad (o indivisibilidad), encadenamiento, universalismo, y autonomía. Estos aspectos conciernen al cierre funcional de los sistemas. En el nivel sincrónico, de funcionamiento, la máquina es una unidad estructural-funcional en la que cada elemento tiene su razón de ser en vistas a una meta dada. En su dimensión histórica o diacrónica, la tecnología evoluciona como un sistema cerrado, con una resonancia interna (Simondon 2008) establecida por la fina trama causal que vincula a los componentes entre sí. De esto se deriva la íntima interdependencia entre los componentes de un sistema. La unicidad y autonomía del sistema dependen de su economía funcional, la interconectividad más o menos precisa de sus elementos. La gran ironía es que, desde sus comienzos, el sustantivismo ha sido una postura pesimista y crítica de la noción de progreso y de las promesas de beneficencia asociadas a la tecnología. Ahora, esta misma postura se ha transformado en el credo de un culto tecnofílico, una religión de la tecnología. Esta religión enfatiza la totalidad y autonomía del sistema, pero no necesariamente como impedimento a la libertad humana, sino como su realización. El sistema ya no oprime ni regula la acción, sino que es vehículo y condición de posibilidad de la consecración de la humanidad misma. El mito que ejemplifica esta idea del modo más espectacular es la Singularidad, el punto histórico en que el progreso tecnológico se acelerará al infinito. La Singularidad es una especie de culto radicado en Silicon Valley y

liderado por el futurólogo y Jefe de Ingeniería de Google, Ray Kurzweil. Su premisa central es el avance exponencial del progreso tecnológico, el cual llegará a un punto crítico en el que se borrarán los límites entre biología y tecnología. “La Singularidad nos permitirá trascender [las] limitaciones de nuestros cuerpos y cerebros biológicos. ... A finales de este siglo, la parte nobiológica de nuestra inteligencia será trillones de billones de veces más poderosa que la inteligencia humana natural” (Kurzweil 2005: 25). Estamos en el umbral de la Sexta Época de la Evolución, donde la inteligencia “comenzará a saturar la materia y la energía en su medio” y el cosmos encontrará su “destino inteligente” (21). Nuestros descendientes posthumanos conservarán su estatus moral de humano, expresando los deseos y ambiciones más esenciales de la especie. En el tecnoapocalipsis humanista de Kurzweil, la tecnología y lo humano van de la mano. En su devenir histórico, la tecnología se dirige “naturalmente” a realizar la trascendencia humana, a liberar al cuerpo de su estrato biológico precedero. La tecnología cumple con los designios espirituales del ser humano y ambos colaboran para realizar el destino común del universo. Por su parte, Kevin Kelly se refiere al “technium” como el Séptimo Reino de la naturaleza, un todo orgánico que evoluciona siguiendo los mismos principios de lo viviente. El technium es la red global de máquinas y sistemas que componen un organismo con una agencia propia que excede la intencionalidad humana: “todos los sistemas generan su propio impulso. Dado que el technium es una consecuencia de la mente humana, también es una consecuencia de la vida, y por extensión es una consecuencia de la auto-organización física y química que condujo primero a la vida” (2010: 15). Aquí también, el ser humano es llamado a entregarse de lleno a la lógica del desarrollo tecnológico. En estas visiones, tal como decía Ellul, la naturaleza se desvanece de vista dentro del horizonte de la técnica y la técnica misma se transforma en una entidad inmanente, un “reino” de la naturaleza. Este nuevo estatus ontológico consagra las características centrales del sistema técnico, en particular su autonomía y unicidad. A su vez estas narrativas reformulan viejas metáforas que apuntan a legitimar el presente orden socioeconómico, representándolo como algo natural y, por lo tanto, inevitable y moralmente neutro. Estas metáforas se remontan al establecimiento del liberalismo económico y de la teoría de los mercados. En aquel momento histórico las analogías mecanicistas comienzan a ser aplicadas a la sociedad y a la conducta humana. El rasgo central del funcionamiento de las máquinas que es trasladado al mercado es la autoregulación (véase Mayr 1986), dogma esencial de la teología neoliberal actual. El rol de la tecnología como agente y sujeto marca la llegada del Tecnoceno, el nombre más apropiado para nuestra época histórica, según Peter Sloterdijk (2015; véase también Hornborg 2015). Aquí, la tecnología se instaure “como la actual subjetividad epocal, adquiere un carácter autotélico y, por lo tanto, no puede entenderse más como una función humana (la de una ‘acción instrumental’). Se convierte en una ideología, una totalidad” (Cera 2017: 244). Cera describe este fenómeno como la naturalización de la técnica, o la metamorfosis de techne en physis. Esto implica también que la tecnología se ha vuelto el sujeto de la historia (Noys 2015). 33 El aspecto más curioso del Tecnoceno es que combina narrativas sustantivistas con narrativas instrumentalistas en las que la tecnología es celebrada como el vehículo supremo para la realización de las ambiciones espirituales más perennes de la humanidad. Esta es la contradicción fundamental de la nueva teología de la tecnología: postular un desarrollo tecnológico autónomo, opaco a la agencia humana, y entronar a la agencia humana (en particular, en la figura del “emprendedor”) como motor creativo del desarrollo histórico. Por supuesto, la agencia humana se limita a lo tecnológico: la creación de nuevas tecnologías que apunten a satisfacer necesidades humanas. En este contexto, cabe destacar la íntima articulación entre filosofía de la tecnología y antropología filosófica, en donde la naturaleza y destino de lo humano y la lógica del desarrollo tecnológico vienen a ser parte del mismo problema. Tanto los aceleracionistas (movimiento con varias facciones que abarcan todo el espectro político) como aquellos que abogan por el decrecimiento (los “degrowthers”) nos instan a enfrentar el sistema en su totalidad. Los aceleracionistas de izquierda nos instan a forjar una nueva política que tome como punto de partida la infraestructura tecnocapitalista existente. El capitalismo está colapsando a causa de su propia inercia; cuando finalmente llegue el fin inevitable, debemos apropiarnos de los sistemas y construir con ellos otro futuro. Es clara la orientación instrumentalista de este argumento. Por el otro lado, los “localistas”

nos instan a lanzarnos a través de la ventana del vehículo en marcha y empezar todo de nuevo, rechazando el sistema por completo. En último lugar, cabe mencionar a Nick Land, filósofo de la “derecha” y autor de la versión más anti-humanista del aceleracionismo, una especie de transhumanismo acelerado. Land se ha mantenido fiel al aceleracionismo capitalista que identifican las críticas de Marx, y de Deleuze y Guattari: el sistema capitalista es una máquina en eterna “destrucción creativa” (para usar el influyente término de Schumpeter 1942) que se alimenta de revolución constante y absorbe su propia crítica. El capitalismo *laissez faire* es “naturalmente” aceleracionista porque, en términos cibernéticos, es un bucle de retroalimentación positiva que apunta a la máxima desregulación del proceso tecnológico-económico (Land 2018). El proceso concluirá lógicamente con la desaparición de la humanidad, lo que puede significar la absorción de los humanos dentro de la máquina, en funciones subordinadas (mantenimiento, alimento, reparación, etc.), o la destrucción completa de la especie. En este sentido, la versión del fin de la historia de Land es mucho más incómoda que la de los profetas 34 de Silicon Valley, quienes visten a sus mitos de ropas humanistas, más atractivas para sus accionistas. El riesgo mayor del Tecnoceno es que, filosóficamente, no parece dejarnos mucho espacio de maniobra. No hay nada que sea no-tecnológico. No hay un punto de apoyo fuera del sistema, una fuente de valores externa a la opresiva máquina de la que formamos parte. No hay un posible retorno a la “naturaleza”, la madre tierra, el alma, el espíritu, Dios, etc. Cualquier afirmación del humanismo nos parece ingenua. En esto radica el horror real del sustantivismo y por eso debemos rescatar su lectura original, su lectura derrotista y pesimista. Quizá sea este el remedio para despertarnos del sonambulismo tecnológico que nos domina. Lecturas sugeridas: Akrich, M. & Latour, B. (1992). “A summary of a convenient vocabulary for the semiotics of human and nonhuman assemblies”. En Bijker, W. E. y Law, J. (eds.), *Shaping technology / building society: Studies in sociotechnical change*. Cambridge: MIT Press. Bostrom, N. (2003b). “Transhumanist values”. En Adams, F. (ed.), *Ethical Issues for the 21st Century*, pp. 3-14. Philosophical Documentation Center Press. Cera, A. (2017). “The Technocene or Technology as Environment”. *Techné: Research in Philosophy and Technology* 21 (2/3): 243-281. Ellul, J. (2003). *La edad de la técnica*. Barcelona: Octaedro. Fisher, M. (2010). *Capitalist realism: Is there no alternative?* Winchester: Zero Books. Latour, B. (1999). *Pandora's hope. Essays on the reality of Science Studies*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press. Mayr, O. (1986). *Authority, liberty, and automatic machinery in early modern Europe*. Baltimore: John Hopkins University Press. Vaccari, A. (2019). “Why should we become posthuman? The Beneficence Argument questioned”. *Journal of Medicine and Philosophy*, 44 (2):192-219. Zizek, S. (2011). “Zizek at Occupy Wall Street (transcript). 21 de octubre, 2011”. <https://zizek.uk/zizek-at-occupy-wall-street-transcript/>. Consultado 25-11-18.